

SANTIAGO CASTRO GÓMEZ
*Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo
 y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*

Bogotá: Instituto Pensar, 2009. 281 páginas.

El filósofo Santiago Castro Gómez, conocido investigador del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana y exponente en Colombia del pensamiento que estudia la Modernidad-Colonialidad latinoamericana, con *Tejidos oníricos* nos entrega su segundo acercamiento a nuestro pasado. Si en la ocasión anterior había escudriñado los finales del periodo colonial desde los temas de ciencia, raza e ilustración¹, en esta oportunidad incursiona en los inicios del siglo xx para detectar la aparición de imaginarios que anticipaban la industrialización del país. Pero, a su juicio, no es una historia más del capitalismo o al menos no es otra historia económica de ese “modo social de producción”, sino que se trata de una historia del poder, de los “dispositivos” que crearon las nuevas “subjetividades” requeridas por la industrialización. Así lo dice explícitamente en la introducción del libro que reseñamos, tras advertir que se centrará no en los efectos “empíricos” del capitalismo industrial sino en los “discursos” que prefiguran y producen efectos de realidad. Sus principales fuentes son coherentes con este enfoque:

las revistas *Cromos* y *Universidad*, a las que considera como el moderno periodismo que alimenta la nueva discursividad. Igualmente en su pesquisa privilegiará las imágenes —fotos, recortes de prensa y gráficos de distinto tipo— como una forma de acercarse a los mencionados discursos. En términos de cubrimiento espacial anuncia que se reducirá al ámbito bogotano, aunque continuamente deslizará proyecciones nacionales. Y en cuanto al eje temporal se concentrará en los años diez y veinte.

Consistente con estos propósitos, Castro Gómez nos ofrece, en cinco capítulos, un desigual acercamiento a los dispositivos desarrollados por las elites capitalinas con la intención de aclimatar en los cuerpos y las mentes la tan anhelada industrialización. En el primero utiliza el paso del cometa Halley pocos días antes de la celebración del centenario de la Independencia, como una metáfora de la necesidad de movimiento que empiezan a sentir las elites bogotanas en el cambio de siglo. Luego se centra en la Exposición llevada a cabo en las efemérides patrias que prefigura lo que a su juicio es la “sociedad del trabajo”, base de la industrialización que se presiente.

¹ Véase *La hibrys del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Castro Gómez, 2005).

A la movilidad como tal le dedica el segundo aparte del libro en el que toca en forma ágil los discursos en torno a los nuevos medios de transporte como el ferrocarril, el tranvía, los automotores y, sobre todo, la aviación. Advierte, eso sí, que no todos los bogotanos se mueven al ritmo que esperan las elites, pero que terminarán haciéndolo con el paso del tiempo. Se refiere a las mujeres y a los socialistas, quienes, por una vía u otra, se incorporarán a la “sociedad del trabajo”.

En el tercer capítulo toca los dispositivos morales para poner a esa sociedad en movimiento en la dirección correcta, dentro de los que se destaca la incipiente planeación urbana y las formas de control de las desordenadas vidas de las capas populares. Destaca al final de esta sección dos discursos críticos de la modernización que está viviendo la ciudad: el nostálgico de la generación centenarista y el antimoderno de los intelectuales conservadores conocidos como los Leopardos.

El siguiente acápite supuestamente está dedicado a los dispositivos políticos —la modernización del Estado— para dicha movilidad. Pero el autor se centra solamente en dos propuestas políticas en torno al famoso debate sobre la degeneración de las razas. De esta forma, se esbozan los discursos pesimistas que hablaban de una degeneración inevitable de nuestra raza por lo que la solución era limpiarla con inmigrantes europeos. En contraste, los discursos optimistas postulaban la posibilidad de cambios internos

para regenerar los cuerpos. Pero al lector no le queda claro como se articula este debate con la construcción del Estado moderno, más allá de los imaginarios que la mencionada polémica puso en circulación. Es evidente que los “dispositivos políticos” implementados por esa época fueron muy variados y no solo tuvieron que ver con las razas, sino también con los géneros, las generaciones y las clases —piénsese, por ejemplo, la incipiente legislación laboral para controlar la agitación social, cuando no el uso de las armas estatales para acallar las huelgas como ocurrió en la zona bananera en 1928—².

El tema ético vuelve a ser el foco del último capítulo, ahora bajo la consigna de crear sujetos deseantes. En una aмена lectura de las pautas de consumo el autor nos hace un recorrido por las imágenes y los discursos incorporados en la propaganda de medicamentos y diversos artículos de consumo, para concluir con consideraciones sobre la moda, el deporte, el entretenimiento masivo y los carnavales estudiantiles, todos ellos “simulacros de la modernidad”, según el autor.

El libro concluye con afirmaciones que luego discutiremos sobre el “consenso

² Por supuesto no estamos exigiendo que el autor toque temas que desbordan su marco espacial y temático como la masacre de las bananeras, pero llama la atención que en este capítulo no se haga ninguna consideración sobre un evento de modernización estatal y de alta movilización social como fueron las jornadas de junio de 1929 contra La Rosca, un grupo corrupto que controlaba a la ciudad y al país.

tácito” en torno al “modelo mayoritario” —no por número de adeptos sino por su importancia— que propugnaba por un modo de vida capitalista en Bogotá. Castro Gómez reconoce, no obstante, que hubo discursos minoritarios o disidentes de dicho modelo, no propiamente de parte de los obreros y socialistas, a los que asimila a la “sociedad del trabajo”, sino de intelectuales como Enrique Restrepo y Luis Tejada —socialista él, cosa que no resalta el autor— que se oponían al movimiento del capitalismo y a la noción de progreso desde una posición bohemia y nómada.

Hecho este breve resumen de la obra reseñada, es bueno destacar los argumentos centrales del autor para resaltar sus logros y limitaciones. Digamos de entrada que la hipótesis central en torno a la necesidad que el capitalismo tiene de poner en movimiento a la sociedad es desarrollada coherentemente y, hasta cierto punto, en forma convincente. Claro está que no es una hipótesis original, pues ya críticos de ese modo de producción como Marx la habían propuesto —punto que el autor reconoce en la introducción—, y en nuestro medio había sido también esbozada hace 25 años por el sociólogo Carlos Uribe Celis en un seminal estudio sobre el decenio de los veinte³. Pero nuestra objeción no va a la pretensión de originalidad de la hipótesis, ya que Castro Gómez

busca asumirla no desde un enfoque economicista —atribuido a Marx y a sus seguidores—, sino uno interdisciplinar que se centra en los mecanismos de poder, especialmente los discursos que crean realidad⁴. En ese sentido se trata de una nueva propuesta de abordar el pasado que no se reduce a un mero cambio de lenguaje. Si bien, el autor no polemiza con los historiadores en este texto, más bien los utiliza a su conveniencia, sí es claro que está buscando hacer otra historia del capitalismo en Colombia, que se aparte de la visión economicista, a su juicio predominante en nuestra historiografía⁵. Y su programa de investigación no se puede tachar burdamente de antimaterialista o idealista, ni es estrictamente una historia de las ideas o de los imaginarios. Es una nueva propuesta teórica y metodológica que ve el capitalismo no solo como un sistema económico, sino desde una matriz

3 En su libro *Los años veinte en Colombia*, Uribe hablaba de tendencias que cruzaban esa década como la necesidad de la modernización y de crear “hombres nuevos” para el advenimiento del capitalismo.

4 En la nota 15 de las páginas 119-120, a propósito de la fascinación por la planeación urbana, explícitamente dice: “no es tanto su ‘realidad’ lo que nos interesa, sino sus *efectos de realidad* y su poder de interpretación”.

5 La polémica con los historiadores la realiza en la introducción a la obra compilada con Eduardo Restrepo sobre “Genealogías de la colombianidad” (véase Castro & Restrepo, 2008), en donde dicen que los análisis económicos, históricos y sociológicos de varios investigadores, entre los que me incluyen, “sobre la vinculación de Colombia a la economía capitalista durante las dos primeras décadas del siglo xx adolecen de un elemento analítico que es, precisamente, el que quisiéramos tematizar en este libro. Todos estos análisis manejan una concepción ‘economicista’, que deriva del marxismo y de la economía política” (p. 18).

generativa totalizante que incluye discursos e imaginarios, productores de efectos de realidad⁶.

Veamos algunas de las falencias que encontramos en su texto para ir al meollo de nuestra reseña crítica. Y la hacemos con ánimo de diálogo constructivo y no de descalificación, pues aunque nos ubicamos en el terreno de la historia sociocultural inspirada en el marxismo británico, creemos que los investigadores del pensamiento Modernidad-Colonialidad nos aportan nuevas preguntas y sugestivas respuestas para cuestionar la comprensión hasta ahora acuñada de nuestro pasado. Pero en sus resultados hay obviamente discrepancias y eso es lo que queremos resaltar a continuación.

Un primer punto debatible es el relacionado con las fuentes. Si bien es legítimo que cada autor las seleccione, no es menos cierto que dicha escogencia implica sesgos. La escogencia de publicaciones como *Cromos* y *Universidad*, entre otras que también se utilizan en este texto, es consistente con los objetivos buscados por Castro Gómez, pero dichas publicaciones terminan siendo expresión de unos sectores de la sociedad, los que se “mueven” en esos años. Pero no dan cuenta de otras voces, algunas de ellas, como las subalternas, difíciles de escuchar, pero no ausentes. Por ejemplo el recuento de las celebraciones del centenario

6 Es lo que con Restrepo llaman la “dimensión no-política del capitalismo” (véase Castro & Restrepo, 2008).

de la Independencia refleja solo el pensamiento de las capas altas y no lo que ocurre en el pueblo bajo, excluido de las efemérides —como el autor lo reconoce en la nota 17 de la página 46—. Escuchar más a esas voces subalternas hubiera matizado las conclusiones sobre el “consenso mayoritario” y habría mostrado que mucha gente se resistía a la “movilidad” impulsada por las elites⁷.

Igualmente discutible es la falta en *Tejidos oníricos* de contexto histórico en ciertos recuentos del pasado, contexto que es necesario por más genealogía que se quiera hacer de él. No apelamos a una historia convencional estructurada por un eje cronológico —cosa que legítimamente desecha el autor aunque esta decisión a veces genera circularidad

7 Un par de ejemplos pueden ilustrar lo señalado. El periódico de tintes anarquistas, *Ravachol*, hizo el siguiente comentario sobre el centenario: “el 20 de Julio de 1810 fue el precursor de nuestra emancipación política: el 20 de Julio de 1910 es la eterna noche de la Dictadura de los autócratas descendientes de España. Es preciso levantar el carácter para completar la obra de Bolívar” (*Ravachol*, Bogotá, julio 17 de 1910, pp. 1-2). Un cronista “cachaco” con el seudónimo de Ciprián Pericles recurre a un diálogo ficcional de una pareja de campesinos que acudieron a la capital en las celebraciones del 20 de julio de 1910 para hacer comentarios críticos a la efeméride. El narrador pone en boca de la pareja preguntas sobre el sentido de la proclamada libertad cuando en su pueblo el gamonal, don Torcuato, “es dueño de nuestras vidas y nuestras sementeras”. Al final del día, cansados de tanto discurso vacío deciden irse a la fiesta de toros en Las Cruces “que eso sí lo entendemos. Dejemos a los ‘blancos’ que hablen de libertades y derechos...” (crónica aparecida en *El Republicano*, Bogotá, julio 30 de 1910, p. 3C, citado por Pereira, 2010).

en el texto y ciertas repeticiones innecesarias—, sino que creemos que todo recuento del pasado debe proveer al lector la información adecuada para comprenderlo. Y en ello hay algunas falencias en el libro reseñado. Por ejemplo, en el capítulo primero cuando se habla del año del centenario, 1910, se dice que aún estaba gobernando Rafael Reyes, cuando este había dimitido para salir del país desde mediados del año anterior. Eso mismo obstaculizó la organización de las celebraciones centenarias⁸, así como introdujo otra dinámica política en el país que no es precisada por el autor. No es acertado tomar sin beneficio de inventario las optimistas palabras de Manuel Laverde sobre las “perspectivas económicas” del país en 1920 (p. 252), cuando se estaba viviendo la crisis por bajos precios del café que llevó a una penuria fiscal que afectó incluso a los trabajadores oficiales, comenzando por el mismo presidente Marco Fidel Suárez. Esa depresión en el contexto de la primera posguerra llevaría a las reformas económicas inspiradas por la misión Kemmerer en años posteriores. También es un poco exagerado, por decir lo menos, señalar que Colombia ganó la guerra con el Perú de los años 30 por la aviación (p. 88). Esta

guerra, poco convencional, tuvo algunas batallas pero la confrontación se dirimió principalmente en los escenarios diplomáticos internacionales. En general podemos señalar que el autor no hace mayor descripción de lo que ocurría en Colombia en los años diez y veinte, como si el proceso de “movilidad” capitalista que quiere destacar y los discursos que lo anticiparan se dieran en el aire.

A ello se agrega que Castro Gómez en algunas ocasiones interpreta más con el deseo de hacer coherente su hipótesis que con los datos que le dan incluso sus fuentes. Así hubiera sido conveniente cuestionar la supuesta liberación de la mujer que promovían las modas y artículos de salud. Incluso era necesario matizar una afirmación no de los propagandistas sino del mismo autor cuando dice: “en el capitalismo no hay lugar para mujeres sumisas” (p. 202). No creemos necesitar mayor prueba empírica para decir que eso no es cierto: el capitalismo admitía y, en cierto sentido necesitaba, mujeres y hombres sumisos. Algo similar ocurre cuando al final del capítulo cinco se afirma que a pesar de las protestas de sectores conservadores “el cine, la moda, los bailes y las diversiones terminaron por imponerse en Bogotá” (p. 248). Nos preguntamos ¿realmente se “impusieron”?, y de ocurrir así ¿a qué sectores sociales realmente cubrió esa “imposición”? Esto nos lleva a la discutible conclusión del libro: “ya para mediados de la década de 1910 (?) reinaba en Bogotá un consenso tácito

8 Incluso tuvo que cambiarse la Comisión Organizadora de la efeméride. En efecto el 21 de agosto de 1909 el presidente encargado, General Ramón González Valencia, dictó el Decreto 61 en el que recomponen dicha Comisión (*Revista del Centenario*, septiembre 30 de 1910, p. 185).

en torno a las virtudes del modo de vida ofrecido por el capitalismo industrial” (p. 251). A ese “consenso tácito” Castro Gómez lo llama luego “modelo mayoritario”, sobre el cual aclara que lo “mayoritario” no es por el número sino por el poder que arrastró, algo que podríamos designar, inspirados en Gramsci, como “hegemonía” de una elite. Es cierto que el autor matiza sus afirmaciones al hablar de imágenes en disputa y traer a colación ejemplos del “modelo minoritario” encarnado en dos intelectuales nómadas, de quienes ya hemos hablado. Con todo queda un sabor de que Castro Gómez a veces procede más con el deseo que con la tozuda realidad. Incluso a un historiador le asalta la duda de si el modelo del que habla es más propio de periodos posteriores, por ejemplo el de la segunda posguerra, cuando la industria estaba consolidándose en el país, y no del periodo estudiado, cuando aparte de algunas industrias casi artesanales, el mundo rural seguía predominando. Claro que el autor podrá responder que no busca indagar por la realidad sino por los elementos discursivos que la crean, pero con todo, al lector le queda el sabor de que algo falta entre el dicho y el hecho.

Llegamos así a nuestras últimas consideraciones críticas que tienen que ver precisamente con el vacío que hay en el libro reseñado entre el dicho y el hecho. Ante todo advertimos que en la propuesta de Castro Gómez; se respira una cierta teleología que marca su narrativa! Toda

alusión al movimiento o al cambio es interpretada por el autor como prefiguración del capitalismo industrial. ¿Será cierto que las elites santafereñas de los años diez y veinte estaban pensando en ese capitalismo o simplemente muchas veces veían la necesidad de cambiar, de salir de la quietud del pasado colonial y decimonónico? Solo más investigación en este sentido podrá dar respuesta a esta pregunta. Pero, aun aceptando que ellas tuvieran en mente ese capitalismo industrial, es justo interrogarse ¿de dónde salen esos discursos? Y ¿por qué toman fuerza? No es solo por virtud de la retórica o de la difusión por los medios de comunicación del momento. Es porque la sociedad, especialmente las clases dominantes, pero también algunas subalternas, estaban experimentando cambios. El “modo de producción social” del capitalismo industrial, ciertamente no es solo algo económico, es también cultura, imaginarios, ideas y, por supuesto, relaciones sociales. Y en todos esos terrenos había disputas, como el mismo autor lo reconoce. Esas disputas surgían de las distintas experiencias de hombres y mujeres, de las distintas “razas”, generaciones y clases. Por ello es tan difícil aceptar aquello del “modelo mayoritario” hacia el que supuestamente se orientó la Bogotá de los tres primeros decenios del siglo xx.

Para decirlo en pocas palabras, a Castro Gómez le faltó tomar más en serio la experiencia como mediadora entre

los hechos fácticos vividos y los discursos que los interpretan. Y aquí entramos en una disputa teórica que tiene proyecciones historiográficas. Creemos, siguiendo la senda trazada por E. P. Thompson, que los discursos pueden prefigurar una realidad pero no la crean por sí solos. La experiencia cuenta para aclimatar los discursos y para ponerlos en disputa. Los sueños sobre el capitalismo industrial tal vez los tuvieron sectores de las elites bogotanas e incluso algunos intelectuales obreros y socialistas, pero difícilmente se puede generalizar más allá de ellos, al menos para la época que piensa o desea Santiago Castro Gómez. Con todo, especialmente por la polémica que provoca el libro reseñado, vale la pena leerlo y asumir el reto de escudriñar las sugestivas vías de interpretación que sugiere.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castro, S. & Restrepo, E. (eds.). (2008). *Genealogías de la colombianidad*. Bogotá: Instituto Pensar.
- Castro Gómez, S. (2005). *La hibry del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Pereira, A. (2010). "Cachacos y Guaches: *La plebe* en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910". Manuscrito inédito.
- Uribe Celis, C. (1985). *Los años veinte en Colombia*. Bogotá: Ediciones Aurora.

MAURICIO ARCHILA

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia

JULIANA PÉREZ GONZÁLEZ
Las historias de la música en Hispanoamérica (1876-2000)

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2010. 172 páginas.

Sin duda, los instrumentos y los sonidos musicales que trajeron consigo los europeos al asentarse en tierras americanas despertaron grandemente el interés y la curiosidad de las comunidades indígenas que ya vivían en el continente desde varios siglos atrás. Flautas, sacabuches, cornetas, dulzainas, cornamusas, y violines, entre otros instrumentos, junto con

toda una suerte de canciones y tonadas, resultaron ser elementos particularmente novedosos para los nativos americanos, quienes no tardaron mucho en aprender a hacer música a la usanza europea. Sin embargo, el asunto de la música estaba muy lejos de ser algo desconocido para los indígenas al momento del encuentro con los conquistadores. Hay claras